

Los factores más importantes en la vida de la reina quedan resumidos en esta frase que convence al lector tras la lectura de las 346 páginas anteriores.

Para reinar como monarca ejemplar Isabel se vio enfrentada a muchos y graves obstáculos que P. Liss describe muy bien: por un lado los problemas dinásticos y políticos en su juventud (factores estructurales de finales de la Edad Media también en otros países europeos) y por otro los cambios sociales y económicos que deben ser vistos en estrecha relación con la vida política de la época. La autora no solamente nos brinda un relato de los hechos y un análisis de los factores más importantes, sino que también consigue transmitirnos una visión contemporánea que nos permite captar la mentalidad de hombres y mujeres que vivieron un cambio profundo en muchos ámbitos de su vida. De esta manera P. Liss nos hace comprender, por ejemplo, que la venganza significaba para Isabel y sus contemporáneos un método legítimo para restituir el equilibrio perdido.

*Isabel la Católica* es un libro audaz y su autora no intenta evitar aspectos delicados que tienen que ver con las muchas crueldades cometidas en su nombre durante la guerra de Granada y la expulsión de los judíos, a causa de la actividad llevada a cabo por la Inquisición o con motivo del fallido asesinato de

su marido Fernando. P. Liss no huye de la cuestión de la responsabilidad o culpa individual y personal de la reina en estas atrocidades; la autora no elige el camino más fácil de muchos historiadores que evitan tales cuestiones alegando que un pasado tan remoto como el fin de la Edad Media constituye algo completamente diferente que no debe ser juzgado desde el punto de vista moral actual. P. Liss intenta, por el contrario, mostrar un personaje histórico y una época a través de su propia *Weltanschauung* (su propia visión del mundo) y esta descripción nos conduce a un entendimiento de la época, y con éste necesariamente, a un juicio del carácter de la reina que en este caso es complejo y matizado. Aunque la autora reconoce la «culpa» personal de Isabel y su papel en las atrocidades cometidas en su nombre, resulta imposible pasar por alto la fascinación que ella siente por esta mujer famosa. Muchas veces el lector puede incluso notar la admiración que la autora siente por esta reina en cuya vida se unificó España, se «descubrió» un «Nuevo Mundo» y se acabó la época de una convivencia más o menos pacífica entre varias culturas y religiones en un espacio geográfico. Es probablemente esta admiración de P. Liss la que ha hecho posible el estudio de todas las fuentes necesarias para preparar y escribir un libro tan rico en detalles históricos.

P. Liss no solamente describe la vida de Isabel la Católica; también da amplio espacio a las personas que la rodearon: su marido Fernando, sus consejeros Hernando de Talavera, Pedro González de Mendoza y Francisco Jiménez de Cisneros, sus hijos e hijas y su yerno Felipe, llamado «el Hermoso», el primer Habsburgo en España.

El libro de P. Liss no es una dura obra historiográfica, ni una recopilación de textos de archivo hasta ahora desconocidos; no. Se trata más bien de un trabajo que se basa en los resultados de la historiografía más avanzada y que combina estos conocimientos con una visión e interpretación nuevas de las crónicas y textos «literarios» escritos durante la propia época de Isabel. Las descripciones de los cronistas y autores contemporáneos como Fernando del Pulgar, Gómez Manrique, Juan de Mena o Alonso Fernández de Palencia ocupan un lugar destacado.

Peggy Liss termina la nota preliminar de la edición castellana con las siguientes palabras: «Es posible que los especialistas cuestionen mis muchas variaciones o revisiones de la interpretación canónica. [...] Es un comienzo.» Mas habría que añadir que estas variaciones y revisiones de la vida de Isabel la Católica son de gran interés y que si de un comienzo se trata, éste es un comienzo fulminante.

**Christopher F. Laferl**

**Las raíces del romanticismo**, *Isaiah Berlin*, edición de Henry Hardy, traducción de Silvina Marí, Taurus, Madrid, 1999, 226 pp.

Estos textos recogen las conferencias leídas por Berlin en la londinense BBC en 1966 y 1967. No quiso publicarlos porque estaba preparando un libro sobre el romanticismo que, como la casi totalidad de sus proyectos del género, nunca concluyó. Ahora Hardy las exhuma y cabe felicitarlo, ya que se trata de un guión muy eficaz de cuanto Berlin podía decir sobre el tema, sin innecesario aparato de erudición y con la amena fluidez que convierte su lectura en una experiencia inesperadamente deliciosa.

Berlin obtiene del romanticismo una de sus convicciones fuertes: los ideales humanos son variados e incompatibles, y su conflicto se resuelve por las malas o las buenas, por la guerra o la tolerancia. Esta tensión es también la del romanticismo, que anuncia su consecuencia fascista y su herencia liberal. Fascismo: imprevisión, azar, irracional curso de la vida revelado por el caudillo. Liberalismo: diálogo y pacto.

Históricamente, el romanticismo berliniano es un movimiento germánico de reacción contra el imperialismo francés surgido de la revolución de 1789. De ahí su gesto antiilustrado. La vida se torna un objeto artístico y se evade del control racional y científico. La sociedad deja de ser

mecánica y legal para convertirse en orgánica y vital. No hay nada universal ni existe algo llamado humanidad. Sólo pululan las tribus, las razas, las naciones entendidas como circuitos cerrados de inmanencia. Curiosamente, Berlin encuentra que uno de los dos grandes predecesores del romanticismo, junto con Herder, es Kant, filósofo de la Ilustración por antonomasia. Kant, con su noción de la naturaleza como inabordable, irreductible, amoral y enemiga de lo humano, provee a los románticos la imagen de la Naturaleza sabia y maternal, omnipotente e intocable, que será la base de algunos mitos privilegiados: el genio incomprensible, la lejanía exótica, el buen salvaje, la madre patria.

En otros aspectos, como la lógica de lo infinito, Berlin recoge investigaciones anteriores (Benz, Benjamin, etc.) y las armoniza con su propio discurso. Subraya que sin el romanticismo no seríamos lo que somos, o sea existencialistas, hombres sin religión, sin apoyos indiscutibles, vagabundos de un universo conjetural e inconmensurable, libres y angustiosos dueños de un destino que no tenemos e intentamos inventar, ya que el saber sólo se puede conquistar por medio de una acción intensamente sentida desde la sinceridad.

Admirable cuadro de sabidurías, estas conferencias nos definen y, desde luego, definen a Berlin en la medida en que fue un romántico

engendrado por el iluminismo, un defensor de la razón y la tolerancia en un mundo (Borges *dixit*) bajamente romántico, entregado a cultos subalternos del suelo, la sangre y los muertos.

**Por tierras de España. Bocetos literarios de viajes (1851-1852)**, *Archiduque Maximiliano de Austria, emperador de México*, edición y traducción de Karl Rudolf y Miguel Angel Vega, Cátedra, Madrid, 1999, 223 pp.

Más que romántica (obviamente: es tardorromántica) resulta la figura del autor, un príncipe sin principado, afecto a la caricatura y a las ciencias de la naturaleza, que se enamoró de una princesa brasileña destinada a morir joven y tísica, se casó con una princesa belga destinada a morir prolecta y chiflada, viajero y explorador, protagonista de la alocada aventura de convertir a México en un imperio centroeuropeo progresista y utópico, en nombre de la remota fundación de América a cargo de los Reyes Católicos, antepasados de la dinastía habsbúrgica, muerto ante un pelotón de mestizos y eternizado por un óleo de Manet disperso en tres copias más o menos iguales y distintas.

Antes de reinar (imperar, por ser más precisos) el archiduque hizo un viaje en torno al mundo y anotó sus impresiones con prolijidad. La parte

dedicada a España compone este amenísimo volumen, aunque conviene delimitar su recorrido: Andalucía y algo de Levante. Germánico al fin, Maximiliano exhibe su educación artística y científica, dando muestras de conocer de arquitectura, pintura, vestimenta, historia, botánica, cría de ganado y demás apartados de la enciclopedia del buen gobernante. Inspecciona, observa, deduce pero no inventa, salvo cuando compone algún *Lied* que entrevera, romántico, con la prosa del explorador. Todo, eso sí, con cuidado literario. Vaya una muestra producida mientras visita la tumba de los Reyes Católicos: «El crepúsculo se colaba por las primeras bóvedas y un oscuro velo se iba extendiendo sobre el reino de la muerte».

España es, desde luego, la deslumbrante e inconfortable península de la avidez viajera romántica. Pero, en su caso, también, el tesoro de los fantasmas imperiales de la casa de Habsburgo, que entusiasman al futuro y endeble emperador. Hoy se nos aparecen como una trampa de la historia, pero él los fantaseó como un cortejo tutelar y majestuoso.

**La sombra de Espronceda**, *Diego Martínez Torrón, Editora Regional de Extremadura, Badajoz, 1999, 257 pp.*

El romanticismo español, tema al que Martínez Torrón ha dedicado

varios volúmenes previos al presente, no deja de ofrecer motivos de relectura y sorpresa. Ante todo, por su precocidad, pues el crítico sitúa su aparición a finales del XVIII con alguna página de Quintana. Luego, por su variedad ideológica y estética, unificada por una sensibilidad que se convierte en *organon* del saber.

Espronceda ejemplifica como nadie esta múltiple propuesta romántica. Es el ala izquierda del movimiento, un republicano que no dista mucho de las ideas socialistas y anarquizantes de su tiempo. Esta pregnancia ideológica lo conduce desde una primera querencia neoclásica hacia la elocución revolucionaria y una mirada que se dirige a los marginales y al exotismo de los perseguidos. Finalmente, el desajuste –tan romántico– entre la subjetividad ideal y el mundo histórico lo empuja al desencanto, al *spleen* metafísico, el envascamiento en la soledad y la elegía de los amores muertos.

Este repaso esproncediano ha obligado a Torrón a examinar una frondosa bibliografía, tanto crítica como biográfica, y a desbrozar rutinas y tópicos. Le interesa la actualidad del romanticismo más que su historia, su impregnación en el surrealismo y la cultura *beat* más que una arqueología de vestimentas y enfermedades. Espronceda sale bien parado, tanto como quería Juan Ramón, que lo ponía al